

SUSCRIPCIÓN

Un mes, 0'50—Trimestre, 1'50. — Anuncios y Reclamos a precios convencionales. — Redacción, Administración y correspondencia: Circulo Reformista, Canalejas 57, bajo. — No se devuelven los originales:

LA LLUVIA

SEMANARIO REFORMISTA

LA PALABRA DEL SEÑOR ARDERÍUS

D. Tomás Arderíus es un orador al estilo moderno. Los que lo hayan oído en el hermoso banquete que en su honor se ha celebrado, no necesitan de estas líneas para decir en voz alta que su elocuencia puede cernirse hasta las regiones en donde solo llegan los privilegiados. Pero, hay fijarse bien, los privilegiados de verdad.

D. Tomás Arderíus no es uno de tantos jóvenes que se levantan sobre el pavés, improvisados por los elogios febriles de una multitud impresionable e inconsciente. Es una inteligencia profunda, culta y elevada. A todo esto une el valor cívico que el anhelo de la justicia imprime en las almas de los hombres superiores.

Para los que no hayan escuchado esa maravillosa palabra, trazamos unos brochazos para que se comprenda el alcance que puede tener la intervención de este lorquino en la Cámara de los Diputados.

No imagináros al Sr. Arderíus en los momentos de su oración, todo calenturiento, nervioso, congestionado, manoteando, agarrándose los puños de la camisa, a veces, y limpiándose el sudor de la frente, otras, con un gesto de héroe que ha muerto a un batallón de hombres, semejante a un monigote eléctrico. No. Este reformista es otra cosa. Es algo más; ¡incommensurablemente más!

Arderíus es un maestro que explica, Arderíus no es un hombre que subasta telas o drogas.

Su verbo es ingenuo, natural, sereno, con una frescura de día que va naciendo, de árbol que va floreciendo. En instantes, se ve sonreír, impregnado de una franqueza cordial y su ademán es dulce, de camarada íntimo, y su pensamiento vase filtrando en los cerebros de los oyentes, haciendo germinar en los corazones un cariño de hermano.

Sin daros cuenta, tórnase irónico, mordaz, y de sus ojos brota un reflejo triste, y su lengua, hecha brasas, quema, a la par que sus manos agítanse semejantes a garras.

La aspiración que despierta en tales momentos, es la que sentiría un hijo que, viendo a su padre ultrajado, marchara silencioso y reconcentrado para vengar la falta.

Por intervalos, es culterano, sobrio, frío, sabio, de una diafanidad inmutable, que inspira respeto y convida a aprender.

Cuando se revela así, su mímica y su voz pudieran compararse a una brisa rítmica y sana, útil para el madurar de los frutos.

Además, labra su discurso con surcos de evidencia. Hace beber a su expíritu en el de los que lo escuchan, para decirles: «Esto que-reis, esto pensais; ¡tomad!» Entonces se le aplaude, se le ovaciona. Entonces embriaga: Da a las almas un bálsamo, pero no un